

les sorprende la llegada de un capuchino, que les predica la moderación y la justicia en lenguaje extraño, aderezado de pullas y retruécanos y salpicado de latines, que se adapta muy bien al sentimiento religioso, rudo y grosero de los oyentes: se jura, se bebe, se baila, se hace el amor. La pintura es tan viva y verdadera que, según se cuenta, al representarse en cierta ocasión en el teatro de Berlín, ante un público compuesto de oficiales que iban á partir para la guerra, en toda la sala resonaron gritos de entusiasmo. En los *Piccolomini*, se ve formarse la tormenta, de donde saldrá el rayo que ha de aniquilar á Wallenstein. En la tercera parte se consuma la catástrofe. Reconocía Schiller en carta escrita á sus amigos, que el valor real de su héroe era escaso, juzgado con imparcialidad. Para obviar este inconveniente, se inspira en los griegos y romanos y convierte al protagonista en víctima de la fatalidad antigua, del destino inexorable, como el *Edipo Rey*, de Sófocles. En la trilogía de Schiller, en efecto, los acontecimientos y circunstancias se combinan de tal modo que Wallenstein, sin ser traidor realmente, es impelido á rebelarse. El autor necesita demostrar cómo el destino va tejiendo la red en que al fin quedará preso el famoso aventurero; de ahí, la extensión desmesurada de la obra. Wallenstein se da cuenta de la influencia que pesa sobre él; es supersticioso, tiene fe en las estrellas, espera del astrólogo que le acompaña la señal para decidirse. El actor Fleck, que, al decir de las gentes, ha caracterizado este personaje mejor que nadie, había comprendido tan bien el pensamiento de Schiller que, desde que se presentaba en escena, cuenta un crítico de la época, se creía descubrir un poder invisible, cerniéndose sobre su cabeza. En cada palabra que pronunciaba, pensábase hallar una alusión á la protección sobrenatural que á él solo pertenecía. Habríase dicho que aquel hombre marcado en la frente por el destino, vivía en una alucinación espantosa, y siempre que su voz se elevaba para hablar de las estrellas y de su influencia, experimentábamos cierta especie de estremecimiento». A fin de evitar la monotonía, Schiller entrelaza con la acción política otra secundaria, el episodio interesante y conmovedor de los amores de Tecla y Max, hijos respectivamente de Wallenstein y del falso amigo que le traiciona. La fatalidad hiere con su mano de hierro á los amantes, víctimas inocentes de las sombrías pasiones que bullen á su alrededor; pero no puede destruir la nobleza de sus sentimientos, ni la energía de su voluntad, ni el purísimo é intenso amor que arde en sus corazones. La trilogía de Wallenstein llenó de entusiasmo á los alemanes, y el poeta, aclamado como el moderno Shakespeare, correspondió á la admiración de sus compatriotas escribiendo otro drama, *María Stuardo*, nueva y frondosa rama de laurel, que el viento de la fama iba á agitar sobre su nombre.

Wallenstein lleva grabado el sello de lo grandioso; en *María Stuardo* domina la nota de lo patético, Schiller nos presenta á la infortunada reina de Escocia dotada aún de su gracia irresistible. Largos años de prisión, el dolor y el arrepentimiento la hacen acreedora al perdón de sus culpas. Con la adversidad, ha depuesto su orgullo; es sencilla,

amable, hasta humilde. Va á ser condenada á muerte; sin embargo, el crimen que le costará la vida, es sólo su derecho á la corona de Inglaterra y su belleza, su funesta belleza, que provoca los celos de su poderosa rival. El asunto está trazado con arte exquisito, y la acción dirigida de modo maravilloso. ¡Qué bien se expresa la emoción que experimenta María cuando, después de tantos años de encierro, respira el aire puro del jardín y envía á Francia su saludo, de que hace mensajeras á las nubes, «que no están bajo el imperio de Isabel!» En la escena de las dos reinas, Schiller compite con Shakespeare. María, al principio, procura reprimirse; mas la arrogancia y desdenes de Isabel y la presencia de Leicester, amado de ambas, acaban por arrebatárle el dominio de sí misma. Se borra entonces la distancia que separa á la reina de la prisionera; quedan allí únicamente dos rivales, la una poderosa por su autoridad, la otra por sus encantos, y si Isabel podrá vengarse mandando al cadalso á la aborrecida María, la hija de Jacobo I se complace en humillar á su enemiga á los ojos del hombre cuyo cariño se disputan. El acto solemne de la confesión, la despedida de María de su servidumbre y la resignación y grandeza de alma que revela la desgraciada en sus últimos momentos, es de lo más tierno, conmovedor y verdadero que se ha visto en el teatro.

No concluyeron con *Wallenstein* y *María Stuardo* los triunfos escénicos de Schiller, como hemos de ver cuando volvamos á encontrar al gran poeta en el curso de nuestra narración.

Aunque no remontasen su vuelo tan alto como Goethe y Schiller, otros escritores contribuían por el mismo tiempo al resplandor de las letras alemanas. La escuela de *asalto é irrupción*, sobre cuyas limitaciones se elevaron aquéllos por el esfuerzo de su genio, siguió desenvolviéndose y debía continuar su proceso hasta hallar su fórmula definitiva en el romanticismo. Entre los muchos que en tal dirección se distinguieron, debemos citar á *Juan Pablo Richter* y á *Luis Thieck*.

Juan Pablo Richter, á quien los alemanes llaman sencillamente *Juan Pablo*, tanto se han familiarizado con él, semeja ser selva enmarañada, donde, perdida al parecer entre la maleza que la puebla toda señal de camino, no se cree que haya medio de orientarse, mas en cuyo interior crecen plantas de hermosas flores y brotan fuentes de agua cristalina. Favorecido por la naturaleza con espléndidos dones, es un escritor al que sólo falta el ritmo para ser un gran lírico, y hay en sus libros, en medio de multitud de metáforas de mal gusto, antítesis extravagantes, continuos equívocos y enigmas indescifrables, tesoros de sentimiento, de imaginación y de poesía. Víctima de los rigores de la suerte, casi sin interrupción desde la niñez, sus obras se inspiran, por lo general, en el contraste que existe entre el ideal sentido y las asperezas de la vida. Aquí está el origen de su *humorismo*, porque *Juan Pablo Richter*, y con esto queda retratado, es el primer *humorista* de Alemania. El *humorismo* proviene de cierta cualidad por la que el individuo pretende

erigirse en centro inmutable del vaiven y torbellino de las cosas humanas, que contempla entre compasivo y burlón, entre escéptico y melancólico. No busquéis, pues, en este autor variedad de caracteres; no conoce más que un carácter, que es el suyo. No le pidáis orden ni plan; obedece sólo á su capricho, preocupándose poco ó nada de seguir una acción ó de anudar y desatar una intriga lógicamente. Juan Pablo, por sus ímpetus, su sensibilidad, á veces exagerada, sus atrevimientos y desenfreno poético, pertenece ya de lleno al romanticismo, bien que á un romanticismo *sui generis*, de que es creador y único representante. Dadas sus cualidades, se comprenderá bien que sus mejores composiciones sean las de menor extensión, como por ejemplo: *Marta Wuz*, *Siebenkaes* y, sobre todo, *Quinto Fixleins*, deliciosos idilios y pinturas inimitables de la vida popular.

Luis Thieck es otro de los campeones más esforzados de la literatura de *asalto é irrupción*. Se aficionó en edad temprana á la poesía, leyendo las primeras obras de Goethe y Schiller, y estudió después á fondo la Edad Media germánica y los autores ingleses, italianos y españoles, dándose á conocer, siendo todavía muy joven, por sus traducciones de Jonhson y Shakespeare y un trabajo acerca del empleo de lo maravilloso por este último; también le valieron fama y autoridad sus críticas teatrales. Sin embargo, sus más brillantes triunfos los debió á su talento poético. Sus primeras composiciones, publicadas de mil setecientos noventa á mil setecientos noventa y seis, tienen marcado tinte whertheniano, pero no así las siguientes, donde pronto se descubren tendencias más sanas y viriles. La Edad Media, de que llegó á apasionarse, ofrecióle rico filón en los libros semi-olvidados de cuentos y aventuras, y dedicándose á cultivar este género, escribió las lindísimas narraciones *Melusina*, *Historia de los cuatro hijos de Aymon*, *El rubio Ekbert* y otras. La imaginación viva y amena de Thieck y la gran flexibilidad de su ingenio no tardaron en mostrarse en otro terreno muy distinto, el de la comedia satírica, que es, en sus manos, burla donosa de las ridiculeces de la época, de las tonterías de algunos escritores, del espíritu calculador y prosaico, de la hipócrita prudencia, del egoísmo vulgar y rastro. Con Thieck se entra de lleno en el movimiento romántico alemán, cuya primera fase corresponde á los últimos años del siglo diez y ocho; á fin, sin embargo, de no tener que interrumpir la historia de su desarrollo, nada diremos de él por ahora, limitándonos á esta simple mención.

Debido á haber alcanzado su apogeo la literatura alemana más tarde que la inglesa y la de los pueblos latinos, en ella, la teoría precede á la práctica y la crítica es la encargada de señalar su camino al genio; resultando de esta singular circunstancia, unida á las sobresalientes aptitudes de los germanos para la especulación filosófica, que los escritores de dicho país se llevan la palma en el linaje de estudios cuyo fin es desentrañar y exponer razonadamente las leyes de lo bello. Desde Baumgarten, creador de la ciencia que denominó Estética, bien que su obra no deba reputarse sino como simple ensayo, habíanse

aplicado las inteligencias á este ramo de conocimientos, estimuladas por las polémicas de Gottsched y los suizos Bodmer y Breitinger, los esfuerzos de Moisés Mendelsohn, Eberhar y Sulzer, y, más que nada, los magníficos trabajos críticos de Winckelmann y Lessing. Faltaba, no obstante, dar á la nueva ciencia base crítica y analítica, y la gloria de haber llenado este vacío corresponde al renovador de la filosofía, Manuel Kant, que trata la materia en su *Crítica del juicio*. Para Kant, el arte consiste en la *finalidad sin fin*. El juicio del gusto se distingue por su carácter *desinteresado*, y es *necesario*, pero con necesidad *hipotética* y subjetiva, que se deriva de cierto *sentido común* á todos los hombres y tiene su causa en nuestras facultades cognoscitivas. Lo bello es lo que agrada universalmente y sin excepción, diferenciándose de lo sublime en que este último requiere un objeto capaz de representar, ó, á lo menos, de despertar la idea de lo infinito. El objeto bello atrae siempre; el sublime á veces repele. El primero produce un placer positivo; el segundo, admiración y respeto, es decir, un placer negativo. La forma final artística debe aparecer tan libre de toda coacción de reglas arbitrarias, como si la engendrase solamente la naturaleza. «No hay ni puede haber ciencia de lo bello, dice Kant, sino crítica de lo bello.» En las bellas artes cabe el *método*, no la *modalidad*. Estas profundas vistas pusieron á la Estética en el buen camino; discutidas con calor, abrazadas con entusiasmo ó impugnadas con violencia, comunicaron fuerte impulso á la teoría del arte. Discípulo del filósofo de Koenigsberg fué aunque parezca extraño, el autor de *Wallenstein*, pero discípulo de criterio independiente, que, en muchas cosas, contradujo y completó á su maestro. Schiller explanó casi todas sus ideas acerca del arte y la belleza en trabajos sueltos, que vieron la luz en las revistas *Nueva Talía* y *Las Horas*, de los cuales son los más importantes el *Tratado de la gracia y la dignidad* y las *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Según él, el sentimiento de lo bello es no sólo principio del arte, sino también de la moral, y debe ser realizado en la vida, tanto como en el poema, el ideal que el entusiasmo ha concebido; de donde se desprende que el hombre virtuoso es el más noble de los artistas, y su obra más admirable, su propia conducta, él mismo. La belleza, en general, nace del equilibrio perfecto, en la medida de lo posible, de la realidad y de la forma, y la belleza de la virtud, como la de toda cosa viviente, de la libre expansión del sér que se desenvuelve con espontaneidad, sin trabas, conformándose á la eterna ley de su destino. La belleza no existe únicamente en el mundo fenomenal y subjetivo; tiene, asimismo, realidad objetiva. El arte es hijo de la libertad y debe recibir su ley de las condiciones necesarias del espíritu, distinguiéndose el hombre justamente en que puede convertir la obra de la necesidad en obra del libre albedrío. «Vive con tu siglo, dice Schiller al artista, pero no seas hechura suya, trabaja para tus contemporáneos, mas haz lo que necesiten, no lo que alaben.» Á exponer su concepto de lo sublime consagró Schiller dos disertaciones, publicadas con el intervalo de ocho años: en la primera, se mantiene fiel á la doctrina del maestro; en la segunda,

trata la materia con gran libertad de juicio, al par que con pasmosa elocuencia y profundidad.

Aunque Goethe no ha dejado, como su amigo, trabajos estéticos propiamente dichos; sin embargo, en su correspondencia con Schiller, en su *Teoría de los colores*, en sus *Memorias* y en otros escritos, hay observaciones é ideas luminosas y originales y consejos de preceptiva dignos de su genio, que era capaz de concebir y expresar todas las formas y géneros de belleza existentes en la naturaleza ó producidos en la Historia.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO

La ciencia en Europa durante la Revolución francesa.



SOLICITA nuestra atención, en primer término, la filosofía, dada la importancia que tendrán siempre las tentativas encaminadas á dar unidad á los conocimientos y la tradicional tendencia á las grandes generalizaciones, que, en vez de debilitarse, iba á recibir nuevo impulso con los geniales, aunque, en su mayor parte, fantásticos sistemas de los metafísicos alemanes. Recuérdense, además, que todavía no estaban bien deslindadas las diferentes ramas del saber, salvo en puntos muy concretos y especiales, y que las ciencias particulares, no obstante que ya empezaban á tomar prodigioso vuelo, caían de lleno bajo la competencia de los filósofos, no sólo en sus fundamentos, mas también en sus últimas determinaciones.

Tres direcciones principales se disputan el pensamiento filosófico en el período que historiamos: la del sensualismo, preponderante entre nuestros vecinos transpirenaicos; la racionalista, mantenida en Alemania, y la puramente moral y psicológica, de los escritores escoceses.

En Francia, la generación revolucionaria perteneció casi exclusivamente á la escuela de Locke y Condillac, que hace derivar de la sensación todas las ideas. Talles la doctrina que sustentan, con otros, Destutt de Tracy, que en mil setecientos noventa y ocho publicó los *Medios de fundar la Moral*; Morollet, autor de la *Apología de la Filosofía contra los que la acusan de los males de la Revolución*; Volney, y Garat. De ellos, el más sistemático,